

# NOTAS BIBLIOGRAFICAS

JACQUES MARITAIN, *Filosofía de la naturaleza*, Buenos Aires, 1945, 188 (4) pp.

Es este un libro que no desmerece de las anteriores obras del gran Maritain; o por mejor decir, es una piedra más —y ya nos acercamos a la cumbre—, en el monumento, espléndidamente sólido y luminoso, que ha construido la honda ciencia de un tomista.

Según dice el autor en su brevísimo prólogo, este libro se compone de algunas lecciones que comienzan una serie sobre la Filosofía de la Naturaleza; luego han de venir otras para completar el estudio. En este volumen el filósofo se limita a una síntesis histórica de la lucha que entre sabios y filósofos de distintas escuelas se ha dado, y aun se continúa, para decidir sobre si la Naturaleza tomada en su sentido de conjunto de seres y hechos materiales puede ser objeto de una filosofía pura, distinta de la Física y las Matemáticas, o si por el contrario estas ciencias pueden agotar, con sus enfoques profundos y sabiamente dirigidos, las posibilidades de comprensión pasiva de la Naturaleza. Maritain plantea el problema con su claridad de tomista que parece apuntarnos el pecho, en cada página, con la férrea disyuntiva del Maestro: "Utrum sit... vel...".

¿Debe existir una filosofía de la Naturaleza distinta de la Metafísica a la vez que de las ciencias particulares? Antes de darnos su respuesta el autor trae a la arena en tres capítulos, a los campeones de tres corrientes filosóficas.

El primer capítulo se divide en dos partes. En la primera oímos a dos pesimistas lamentarse contra la vanidad de los seres. "Nadie se lava dos veces en la misma agua" dice Heráclito, para confesarnos que no puede llegar a una filosofía, a un conocimiento profundo de algo que se le escurre a uno de entre las manos. Platón nos dice, por su parte, que los seres que vemos no son más que reflejo de un mundo sideral, el de las Ideas; y es inútil querer examinar con hondura

un desfile de sombras. En la segunda parte llegan los genios de la lógica: Aristóteles y Santo Tomás. Maritain expone entonces la teoría escolástica del conocimiento, o mejor dicho, de la visualización del ser. Los grandes maestros nos enseñan que el ser puede alcanzar intelectualmente bajo tres ángulos de visión que responden a sendos grados de abstracción: 1º) el ser en su mayor grado de pureza, o en absoluta incontaminación con la materia; 2º) el "ens quantum", o ser con dejos de materia; y 3º) el "ens sensible seu mobile", o el ser tan unido a la materia que ni aun estudiarse puede fuera de ella. A estos tres grados de visualización corresponden tres ciencias: del "ens puro" se ocupará la Metafísica; al "ens quantum" lo estudiará las Matemáticas; y el "ens sensible seu mobile" o físico será el objeto de la Filosofía de la Naturaleza, que absorbe así a la física.

Aquí se abre la puerta a la filosofía de Descartes con la "Scientia media": materialmente física y formalmente matemática.

Esta insostenible absorción de la Física en la Filosofía de la Naturaleza, de la cual es una especie, se explica por la poca profundización que los escolásticos hacían en los fenómenos físicos.

Y con esto se cierra la jornada escolástica, serena y constructora para abrirse una de revoluciones ciegas: las doctrinas positivistas, engañadas por el progreso de la física, y abierto el horizonte especulativo con la fenomenología de Kant se lanzan contra la ciencia del ser para sustituirla por la de los fenómenos. La ciencia se convierte en compilación de leyes: es la entronización del pensamiento empiriológico. Esto ocupa la primera parte del segundo capítulo.

En la segunda viene la reacción de la epistemología francesa y la fenomenología alemana. Esta jornada, que llega hoy día a su última lucha, abre el paso a la posición tomista acerca de la Filosofía de la Naturaleza, tercer y último capítulo en que Maritain aplica al problema su aguda visión de filósofo escolástico.

En una primera parte el autor nos da ampliamente desarrollada, y con mucho acierto remozada — bien que sólo en el léxico —, la doctrina tomista del conocimiento y de la superposición de las ciencias.

En la segunda parte Maritain nos da su doctrina clara sobre la cuestión debatida. Y aquí el lector, fatigado del azaroso viaje, agradece al gran maestro su solución, de absoluta ortodoxia tomista.

Sí, hay una Filosofía de la Naturaleza, distinta de la Metafísica y de la Física, y cuya esfera de inteligibilidad — traducción de la "ratio formalis sub qua" —, es el "ens secundum quod mobile".

¿Qué juicio, si cabe atrevimiento, podemos dar del libro? A todos los estudiantes diremos: si quieres conocer la solución del problema filosófico actual, lee este libro. Verdad es que resulta a veces un poco fuerte el esfuerzo de abstracción requerido; también lo es que repite conceptos, pero por sobre todo, y a Dios gracias que su lectura orienta luminosamente nuestra inteligencia en medio de un mar de teorías descabelladas y falsamente científicas.

Séanos permitido alabar la obra del Club de Lectores.

Difundir a Maritain es sembrar a todos los vientos los artículos — milagrosos según un Papa —, de la Summa Theológica. Y hoy la salvación del mundo ha de venir — en el terreno científico —, de aquel a quién la Verdad dijo: "Bene de me scripsisti, Thoma".

Enrique E. Aurnague

